

EL PODER del mal

Luis Zapata

Un día, las cartas me anunciaron algo que no me esperaba: estaba a punto de enamorarme otra vez y me encontraba ya listo para tener una relación comprometida y satisfactoria. Rosaura no quiso darme más detalles, por más que se los pedí; me dijo que no quería arruinarme la sorpresa.

Una de las pocas ventajas de la vejez es que nos da modestos e inesperados regalos, que no compensan, desde luego, las molestias a las que la edad nos somete, pero nos arrancan una leve sonrisa de satisfacción. En ocasiones, como es mi caso, no dejamos de experimentar cierta culpabilidad, pero nos quedamos con la sensación de que, de alguna manera, se ha hecho justicia.

Cuando conocí a Rosaura, estaba yo viviendo una de las crisis más fuertes que he sufrido. Acababa de terminar, por mutuo acuerdo, una de las relaciones más prolongadas e importantes que he tenido. Experimentaba el abandono como un dolor punzante y permanente, que se manifestaba en infinidad de molestias y achaques físicos. Afortunadamente, la necesidad de trabajar me salvó de una reclusión que habría sido desastrosa. Había también en mí una voluntad no del todo manifiesta de sobreponerme, que me llevaba a aceptar invitaciones para sa-

lir y asistir a pequeñas reuniones. ¿Conservaba la esperanza de ligar, de tener algún encuentro que me devolviera el ánimo? Quizá sí. En la juventud, las depresiones no conducen a la pérdida total del deseo. Tampoco llevan a la falta de energía que se vive cuando se presentan en la vejez. De cualquier manera, mis esfuerzos para no dejarme llevar por la depresión rindieron fruto, y la pesadumbre fue cediendo poco a poco.

Rosaura era extremadamente delgada y tenía los ojos saltones, lo que la hacía sospechosa de padecer algún trastorno glandular, pues, por lo demás, no era especialmente parca al comer. Sin embargo, no parecía preocuparle su salud física. Su carácter era en general alegre, aunque no le eran ajenos ciertos baches de melancolía y desesperanza. Pero todo eso lo observé algún tiempo después. Al principio solo me llamó la atención su sarcástico sentido del humor, que no pocas veces me hizo reír. Se me olvidaba otro rasgo de

ella que me agradó: sabía escuchar pacientemente las penas de los demás, a las cuales no dudaba en brindar consuelo. A su vez, era capaz de hacer confesiones muy íntimas, en ocasiones sorprendentes. No tardó mucho tiempo en establecerse un lazo de confianza entre nosotros dos. Así, pronto le conté en detalle la historia de mi relación con Juan Carlos, centrándome principalmente en la ruptura. El desahogo de la confesión no se hizo esperar, y tampoco los consejos de Rosaura. Por su parte, ella me habló de su amor no correspondido por uno de nuestros amigos en común, que, como yo, era gay. Lo único que se me ocurrió decirle fue que tratara de ser realista y aceptara la falta de interés de nuestro amigo. Aunque era demasiado obvio, Rosaura me agradeció mi punto de vista.

Rosaura era aficionada al ocultismo, acaso en sus formas más elementales, como la cartomancia. Varias veces le pedí que me leyera las cartas y varias veces me dijo solo generalidades, que, por lo demás, me hacía bien escuchar. Pero en otras ocasiones, la consultaba cuando tenía que tomar decisiones de relativa importancia, y las cartas no dejaron de orientarme. Rosaura me llegó a conocer mejor que nadie, y quizás eso la ayudaba en el momento de echarme las cartas: sabía qué era lo que yo necesitaba oír, y también conocía mis puntos débiles, que, con sus consejos, lo grababan acallarse un poco.

Un día, las cartas me anunciaron algo que no me esperaba: estaba a punto de enamorarme otra vez y me encontraba ya listo para tener una relación comprometida y satisfactoria. Rosaura no quiso darme más detalles, por más que se los pedí; me dijo que no quería arruinarme la sorpresa y que yo sabría reconocer y agradecer ese giro que tomaría mi vida. Esa lectura de cartas me dejó con un

entusiasmo que hacía tiempo no experimentaba, pero también con cierto nerviosismo que tal vez no era más que otra cara de la emoción que sentimos cuando sabemos que algo bueno es inminente.

La sorpresa que predijeron las cartas no se hizo esperar mucho. Una tarde lluviosa, Rosaura se puso de pronto seria y me dijo que tenía miedo. “¿De qué?”, le pregunté. “Me estoy enamorando de ti”, dijo. La confesión de Rosaura me incomodó, pero no me dejó sin habla; le dije que era lo peor que se le podía ocurrir: dejar de estar enamorada de un gay para enamorarse de otro. Ella me dijo que no echara en saco roto sus palabras, que lo pensara bien, que ella podía ofrecerme lo que yo estaba necesitando. Mi incomodidad crecía mientras Rosaura seguía hablando: la relación que me habían pronosticado las cartas era con ella, y a ella también se la habían augurado. Podíamos hacer la prueba, dijo; en realidad, el sexo no era tan importante, y quizá surgiría el deseo con el tiempo.

Las palabras de Rosaura tuvieron un efecto paradójico: en lugar de acercarme a ella, me alejaron. Mi retirada se dio, o hice que se diera, de forma gradual: mis visitas a su casa y mis llamadas telefónicas fueron espaciándose. Cuando ella me pedía que nos viéramos, yo encontraba pretextos, no siempre creíbles. Rosaura, obviamente, lo notó, y me reclamó. Su insistencia no surtió efecto y comenzó a molestarme. Finalmente, Rosaura pareció entrar en razón y dejó de buscarme.

Poco tiempo después, las circunstancias de mi vida dieron un giro radical. Me ofrecieron un excelente trabajo lejos de la ciudad donde residía, y lo acepté con gusto. Mi suerte, que no era mala, mejoró decisivamente. Volví a enamorarme, y fui correspondido. Hice nuevos amigos. Pasaron



los años y el recuerdo de Rosaura fue borrándose hasta desaparecer casi por completo.

Hace unos días, me llama por teléfono Rosaura. Lo primero que me dice es que un amigo en común le dio mi número y que espera no molestarme. No me desagrada tener contacto con ella después de tanto tiempo, y le digo que no me molesta, que al contrario, me da gusto. No me pregunta cómo estoy, y rápidamente entra en materia. Rosaura me dice que está muy enferma y que los médicos ya la desahuciaron, pero quería hablar conmigo antes de morir. Me apiado de ella: todo me imaginaba menos eso. Le digo que lo lamento. Rosaura continúa y me dice que mi negativa a tener una relación con ella la afectó mucho: no solo la entristeció; también la llenó de ira hacia mí. Tan mal se sentía que únicamente se le ocurrió vengarse de mí para desahogarse. Dice que si no lo hubiera hecho, se habría vuelto loca por el dolor. Recurrió entonces a sus habilidades como practicante del ocultismo y me hizo un “trabajo” con magia negra. A eso se debían los problemas y el sufrimiento que habían poblado mi vida durante estos años. Me pidió perdón, y yo se lo di. Quise mostrarme generoso y no le aclaré que

durante el tiempo que dejamos de tratarnos me había ido muy bien; de hecho, era la mejor etapa de mi vida, la más plena. Le dije a Rosaura, en cambio, que sí, que había padecido muchos infortunios y que ahora encontraba la explicación en sus palabras. Volvió a pedirme perdón y volví a dárselo. Dejé que Rosaura se quedara con una última satisfacción, la de creer que realmente me había hecho daño y que su poder era eficaz. Aunque ella estaba arrepentida, me permití darles sentido a los años que había vivido odiándome. Rosaura me dijo que a pesar de todo lo que había pasado, me quería mucho. No fui sincero y le devolví el cumplido en los mismos términos: en realidad, el único sentimiento que experimentaba por ella era la indiferencia. Rosaura añadió que si existía otra vida, esperaba que en ella fuéramos amigos. Se despidió de mí con la voz entrecortada. Le dije mi último adiós, y colgamos. Respiré aliviado: había hecho una buena obra. **LPyH**

Luis Zapata es narrador y dramaturgo. Ha publicado las novelas *Hasta en las mejores familias*, *El vampiro de la colonia Roma*, *La historia de siempre*, *Autobiografía póstuma* y *En jirones*, entre otras.